

## ALFONSO DE LAMARTINE

X\*\*\* \*



Fig. 22. *Alfonso de Lamartine*, p. 274.\*\*

Después de la rápida y célebre revolución del mes de julio de 1830, que en el vecino reino de Francia derrumbó el poder de una dinastía para ensalzar al solio otra que para el pueblo ofrecía más garantías en los derechos generales que restableció; cuando aún no habían transcurrido dos años de este suceso que arrancó de las sienes de Carlos X una rica corona con que premió a su actual soberano Luis Felipe I, al cabo de este tiempo, levantó áncoras en una placidísima tarde del otoño un navío que con majestad y a toda vela se apartaba del puerto de Marsella, dirigiendo a Oriente su rumbo. En

\* X\*\*\*, «Estudios biográficos. Alfonso de Lamartine», *Museo de las Familias*, II (25 de noviembre de 1844), pp. 274-276. II.  
<http://hemerotecadigital.bne.es/issue.vm?id=0002544505&search=&lang=es>

\*\* El grabado, firmado por [Calixto] Ortega y [Eusebio] Zarza, se inspira en el retrato del poeta obra de Carel Christiaan Antony Last.

aquel navío partía un varón bajo, mas de un concepto notable, un despojo, aunque voluntario, de los muchos esclarecidos que la revolución lanzaba a su antojo aquí y allá, más cerca o más lejos, a un francés que desde cubierta dirigía tiernos adioses a su patria, a un hombre de carácter decidido y profundas convicciones, a un diplomático que lo mismo vertiendo su sangre que en hábiles negociaciones había sostenido con lustre el honor de su pabellón, a un poeta, en fin, que había soñado con la gloria y que veía cercano el momento de tocarla, de elevarse a la altura que sus merecimientos y su genio le conquistaban; conducía a Lamartine, a un ser que, como todos los elegidos de Dios, no tienen patria, son cosmopolitas, pues si su nacimiento pertenece a un pueblo, las obras, producciones o resultados de las empresas de estos elegidos son propiedad del mundo. [...]

Lamartine, este personaje de quien hoy nos ocupamos, aunque ligeramente, cuenta cincuenta y dos años de vida, pues nació cuando comenzaba a rugir con violencia la sangrienta Revolución francesa; al fin, por fortuna su corta edad en aquella época no permitió que su corazón encalleciese con las escenas de desolación y luto que cubrían su patria. [...]

Lamartine en su juventud fue soldado; su padre también lo era, y el brillo de las armas y los sueños de poeta se repartían por el año 1820 toda la atención de su espíritu. Poco tiempo después publicó su primer volumen de poesías; su nombre, poco conocido hasta entonces, no excitaba la curiosidad pública a pesar de la belleza de sus primeros ensayos; pero cuando poco a poco fueron estos conocidos, se granjeó el autor del libro las simpatías de las almas sensibles y afligidas y el afectuoso y sincero entusiasmo de los corazones apasionados y religiosos.

Desgraciadamente, el poeta dio tregua a su fantasía por esta misma época, para ocuparse de los asuntos diplomáticos; fue primero nombrado para la secretaría de la embajada de Nápoles, y a poco encargado de negocios en Toscana. En el gran duque de este título halló un verdadero amigo, y por este tiempo también fue cuando, en un duelo con el general Pepe, recibió una profunda herida que puso en eminente peligro sus días; él mismo desde su lecho impetró del gran duque indulgencia para su rival. El hombre poeta abriga por naturaleza en su pecho instintos generosos; además, la sangre que vertía su herida borraba la mancha que los labios de su rival habían arrojado en el pabellón de su nación.

Pálidos parecerán estos detalles biográficos, pero cómo no buscarlos en un poeta aparte de sus producciones, cuando en ellas es donde vierte la savia de su vida, donde acumula los encantos de su existencia, sus impresiones, sus delicias y sus penas. [...]

Llegó a Beirut Lamartine, al pie del monte Líbano, después de contemplar desde su embarcación la Sicilia y el golfo de Palma, Cartago y otros mil pueblos miserables unos, arruinados muchos y todos célebres en la Antigüedad. Otros le habían precedido en este viaje, enseñándole el camino, Chateaubriand y lord Byron, que halló en la tierra ateniense el término de su existencia.

Seductor era el aspecto de la villa de Beirut cuando saltó en tierra el poeta con su mujer y su hija. [...]

Monsieur Alfonso Lamartine comenzaba a realizar desde este momento el más ardiente deseo de su juventud: ya estaba en Oriente; pero como no hay dicha completa, le

acibaraba aquel placer la enfermedad que había contraído durante la navegación, y de resultas de la que sucumbió más tarde su hija única, que formaba toda su delicia.

Pero si bien le era dolorosísimo este contratiempo, si su corazón de padre se lastimaba de tamaña desdicha, su alma de poeta se recreaba en toda su expansión, porque estaba ya contemplando las ruinas del país clásico de la civilización, estaba en el Oriente, en este mismo país adonde dos años antes rehusó venir en una misión diplomática que le confirió Carlos X, y que le confirmó el Gobierno de julio porque estalló la revolución entre tanto, y porque ambas causas políticas tenían derecho a reclamar los servicios de este hombre ilustre. Pero Lamartine es consecuente a sus convicciones y creencias; agradecido al monarca que le había distinguido, Lamartine rechazó la apostasía, no quiso pasarse de las filas derrotadas a las banderas del vencedor.

Desde Beirut, donde llegó, debía el poeta lanzarse al desierto; el camino era penoso y arriesgado, y como padre y como esposo le imponía su deber el de no exponer a las aventuras de un viaje incierto la seguridad de tan caros objetos. [...]

Lamartine se alejó de Beirut; interesantes y amenos son los detalles de su relación, el fondo de ella, encantadora, y cómo expresar, cómo reproducir nada de lo que contiene su bellísima obra del viaje a Oriente. En ella, su autor descubre más sus inclinaciones del poeta que sus observaciones de viajero. Cada página alterna con la otra, expresando en esta los sueños del hombre, los transportes y arrebatados vuelos de una imaginación fantástica; en aquella, las oraciones del peregrino; aquí se considera al historiador que relata con voz elocuente; más allá, al poeta que canta. Llevaba de séquito dieciocho caballos, que todos perecieron antes de llegar al término de su expedición. Sus armas eran relucientes como las de un príncipe, y con este aparato visitó las campañas de Tiro, ciudad que derrocaron los anatemas de Ezequiel. Así recorrió la tierra de Canaán y la Judea; surgió por las colinas de Zabulón y de Nazaret; dio vuelta al monte Carmelo y contempló con sus ojos el sombrío valle que sirvió de cuna al Redentor; por fin se detiene el poeta a la orilla del río de los profetas y del Evangelio. Como aquellos, quiso purificarse en las dulces y agradables aguas del Jordán; y últimamente, llega el viajero a Jerusalén.

[...] Una circunstancia hay muy notable en este viaje a Jerusalén y en la estancia que en aquella ciudad hizo el poeta francés; una circunstancia que revela su valor y lo poco en que tiene su vida terrestre. Pocos días antes de llegar a la ciudad, se había desarrollado con increíble rapidez la desoladora epidemia del cólera. [...] En medio de este cuadro terrífico, penetra impasible un europeo, un poeta, un gran poeta, un padre de familia que ha dejado allí bajo a su esposa y a su hija; he aquí un hombre singular que cruza sin temor al través de los riesgos de una epidemia hasta besar la tumba del Salvador. Y las páginas en que refiere esto en el libro del viaje a Oriente son tanto más solemnes cuanto que están escritas con más sencillez y naturalidad.

Hasta aquí solo hemos considerado a monsieur Lamartine como poeta principalmente, y más superficialmente como diplomático y padre de familia. Ahora ya le podemos considerar legislador. Estando en Jerusalén fue elegido para representante de un departamento en la Cámara de Diputados. Sus nuevos deberes le llamaban a su patria. Regresó, en efecto, y sus apasionados y amigos temblaban al considerar si el poeta naufragaría ante la discusión de intereses tan materiales y positivos como los

que allí se ventilan; pero su temor se disipó bien pronto. Subió el poeta a la tribuna y, hermanando esta calidad con la de diputado, sus discursos, al principio cortos y tímidos, fueron después más robustos y floridos. Hoy ya son modelos de elocuencia y de poesía que ha conseguido aplicar aun a las cosas más materiales.

Monsieur Lamartine ocupa hoy como orador un puesto distinguido al lado de Guizot, Thiers, Odilon-Barrot y Berryer, y si como diputado se ha conquistado este lugar, como poeta ocupa el primero, como diplomático, otro muy aventajado, y como padre de familia, como hombre quizás el más glorioso de todos, el de hombre leal y honrado.

Tales son, pues, aunque desaliñadamente, respecto de monsieur Lamartine sus detalles biográficos.